



### Luisa de Lorena.

**EL** 30 de abril de 1553 Margarita de Egmond, primera mujer de Nicolás, duque de Mercœur, conde de Vaudemont, dió á luz en Nomení, en un castillo gótico sobre las orillas del Sena, á la *princesa* Luisa. Al tiempo de su nacimiento no habia ningun príncipe de la primera rama de la casa de Lorena. El duque Nicolás deseaba un hijo; Luisita fué recibida con mas resigñacion

que placer. Ni aun se cuidó de que se bautizase con la pompa debida á su rango, en la catedral de Nancy, ciudad donde entonces reinaba su primo hermano el duque Carlos de Lorena. Fué modestamente llevada á la pila bautismal de la iglesia Nomeni; tuvo por padrino al obispo de Toul, por madrina la condesa *Luisa de Salins*, que la dió su nombre.

Su madre enfermó de resultas del parto, y Luisa apenas tenia dos años cuando madama de Champy, su aya, vino llorando á buscarla para llevarla cerca del lecho de su madre moribunda. A la cabecera de este lecho ardian unos cirios, mientras un sacerdote de rodillas la encomendaba el alma. Estas oraciones, repetidas con voz triste por muchas personas postradas al rededor de la cama, inspiraban terror. Luisa á la vista de este cuadro fúnebre llora á gritos. Su voz parece que reanima á la enferma, que le alarga los brazos, y Luisa olvida su espanto para abrazar á su madre. Entonces la duquesa desata de su cuello una sarta de perlas, que tiene pendiente una santa reliquia. «Que ella te proteja como á mí me ha protegido! dijo la moribunda introduciendo el collar por encima de los rubios cabellos de Luisa; no la dejes nunca.»

Después, no teniendo ya fuerzas para hablar, imprimió sus labios sobre la frente de Luisa, é hizo señales á madama de Champy para que la retirase bien pronto, temiendo mucho que su hija la viese morir.

El conde de Vaudemont amaba tiernamente á su mujer, y en el exceso de su pesar estuvo mucho tiempo sin poder soportar la vista de la niña, cuyo nacimiento había causado una pérdida tan dolorosa. Luisa fué pues enteramente confiada al cuidado de su aya. El afecto de madama Champy á su educanda se aumentó en razon del abandono en que dejaba el conde á su hija. Unicamente ocupada en cuidar de la salud de Luisa, y en formar su corazon, haciendo germinar en él la piedad fervorosa que distinguia á los principales de la casa de Lorena, madama Champy solo vivia para su educanda. Pero este afecto tan singular tenia los inconvenientes de los sentimientos apasionados; la hacía á veces injusta para con aquellos que no tomaban parte en su culto á Luisa. La señorita de Montvert, segunda aya de la jóven princesa, dependiente en su cargo de madama de Champy, no la contradecía en su admiracion apasionada, antes procuraba aventajarla por adulacion, tanto que era necesario todo el buen natural de Luisa para no convertirse á pesar del esmero perfecto del aya, en la personita mas insoportable. Pero si las cualidades naturales nada tienen que temer de un exceso de indulgencia, el mejor talento no puede estar al abrigo de las adulaciones que se reciben de las personas que se aman.



El conde de Vaudemont, no teniendo hijos, debía pensar en un segundo matrimonio. Muy pronto se supo que había pedido la mano de Juana de Saboya, hermana del duque de Nemours. Esta noticia llenó de desconsuelo el corazón de madama de Champy: «La pobre niña vá pues á tener madrastra! exclamó. Ah! que el cielo tenga compasión de ella.» Y sin pensar en la impresión que estas palabras debían producir en el ánimo de Luisa, que tenía ya cuatro años, las comentaba sin cesar. Después, cuando la niña la hacía preguntas acerca de la desgracia que la amenazaba, su aya le respondía que era preciso someterse á la voluntad de Dios; lo que calmaba los temores de la joven princesa.

—Qué es una madrastra? preguntó un día á la señorita de Montvert.

—Es un monstruo que hace la desesperación de las familias, respondió ésta; una mala madre en fin.

—Ay Dios mío! repuso Luisa con espanto; es pues una mujer que maltrata los niños?

—Con mucha frecuencia, contestó la señorita de Montvert; después, arrepintiéndose de las preocupaciones que suscitaba, procuró debilitarlas, añadiendo que no todas las madrastras son malas; que las había también muy buenas para los hijos de los maridos. Mas la impresión se había producido, y cuando el día de la boda de Juana de Saboya con el conde de Vaudemont, éste ordenó á la princesa Luisa abrazar á su segunda madre; la niña huyó llorando, y nada pudo decidirla á recibir las caricias de la que ella llamaba su madrastra.

Afligida por este desvío, pero hallándole muy natural, la condesa tomó contra su marido el partido de Luisa, y se opuso á que fuese puesta aquella misma noche en un convento, como el conde de Vaudemont irritado lo había determinado.

Dos años se pasaron sin que se pudiese vencer el desvío que experimentaba Luisa al acercarse la madrastra. Este sentimiento, alimentado por los clamores de madama de Champy, había llegado á ser invencible; y la condesa, desesperando ya de que Luisa la amase, solamente la veía en los días solemnes para la familia.

A la edad de siete años fué la princesa acometida de unas viruelas malignas, que la pusieron en el mayor peligro. Temiendo que sus dos hermanos menores se contagiasen, se la trasladó al punto al palacio de Nomení. Encerróse en él madama de Champy con la enferma, sin separarse de ella ni de día ni de noche, y cayó en tal desesperación cuando los médicos la dijeron, que la princesa estaba de peligro, que hubo que llevarla desmayada á su habitación, donde estuvo muchos días sin poder salir, á causa de la calentura y el delirio.

La señorita de Montvert habia huido del palacio, luego que se presentaron los primeros síntomas de la enfermedad, tanto era lo que temia verse tambien acometida. ¿Quién pues iba á cuidar de la pobre princesa?

La enfermedad se habia dirigido á sus ojos; habia cuatro dias que no los podia abrir; pero habia recobrado el conocimiento, y preguntaba por su *buen amiga*. Así era como llamaba á madama de Champy.—¿Por qué no está ahí? decia la niña lamentándose.—Porque ella misma está tambien mala, y tiene necesidad de reposo, responde una voz dulce y afectuosa. Mas yo estoy aquí para cuidaros tan amorosamente como ella os cuidaba, mi querida niña. No os aflijais, y bebed esto, pues ella me encarga os ruegue me obedezcais.

Esta súplica se hacia en un tono tan sumiso, que á pesar de su repugnancia, Luisa tragó la cucharada de bebida que tocaba á sus labios.

—Quién sois pues?

—Una niñera nueva que debe reemplazar á vuestra aya hasta que se restablezca.

—Ay! no permaneceréis aquí como ella toda la noche?...

—Sí, niña mia, me estaré de dia y de noche mientras necesitéis mi asistencia; y cuando esteis mas fuerte procuraremos divertirlos; pero me amaréis un poco, no es así?

—Oh! Sí, respondió Luisa, buscando con su mano ardiente la de la persona que la hablaba. Veo bien que es *mi aya* quien os envia. Vos quereis á los niños; no sois una madrastra, no es verdad?

La mano que tenia la de Luisa se retiró; siguióse un largo silencio.—Cómo os llamais? preguntó la enferma.—Juana, se le respondió.—Pues bien, Juana, sabeis historias bonitas como las que me contaba madama Campy, en las que siempre habia bellos caballeros de Lorena, torneos, ermitaños?

—Ciertamente sé algunas muy interesantes, y que os harian dormir tan bien como las suyas.

En efecto, desde el primer cuento se habia quedado Luisa dormida, y aquel sueño bienhechor debia triunfar de su calentura.

Dos dias despues habian cesado las inquietudes que causaba la enfermedad; pero se temia mucho quedase desfigurado el rostro de la princesa. Los médicos declararon que se desfiguraria si se arrancaba las postillas que cubrian todas sus facciones, y propusieron atarle los brazos á la cubierta de la cama. Como la idea de verse así sujeta desesperaba á la enfermita, su nueva aya se comprometió á velarla con tanto cuidado, que impediria se rascase la cara.

Luisa reconocida quiso abrazarla, y Juana abrazó á la en-



ferma; lo que no era menos animoso que permanecer de día y de noche con los ojos fijos en ella.

Los enfermos son caprichosos, voluntariosos. Luisa incomodada con el olor del alcanfor de un colirio, que servia para darle en los ojos, no quiso que le volviesen á dar con él. Las amenazas de que se quedaría ciega, los ruegos, nada la pudo decidir á obedecer; y el médico salió del cuarto diciendo: puesto que no quiere se impida quede fea y enferma, nada mas tengo que hacer aquí.

—Quién me llora? preguntó Luisa.

—Soy yo, dijo Juana. ¿Cómo no aflijirse al pensar que os quedaréis así por vuestra culpa?

—Pues no llores mas, replicó Luisa con voz enternecida, y ven á darme fomento en los ojos. Haré todo lo que quieras.... pero no llores mas.

Entonces Juana tomó el bote, y bañó los ojos enfermos muchas veces, dando gracias á Luisa por su docilidad.

Oh! exclamó la niña con una alegría delirante, aya mia, yo veo claro!...

En efecto, sus párpados se habian entreabierto; mas la fuerza de la luz los habia hecho cerrarse de nuevo súbitamente.

Juana se precipita al punto hácia la ventana; corre las gruesas cortinas de damasco, y la oscuridad que reina, sin ser completa, permite á la princesa mirar en derredor de sí.

—Juana, Juana, ven pues, que yo te vea!

Pero Juana se oculta detrás de las cortinas que estan á la cabecera de la cama.

—Dónde pues estás? Ay! Dios mio, ya no está oscuro! ¡qué contenta estoy!... tú eres la que me has curado los ojos... Ven, te daré las gracias.... No estás tambien contenta?

—Sí, soy dichosa, responde Juana adelantándose para tomar la mano que le alargaba Luisa. Mas ésta, herida de un terror súbito, exclama: cielo, la condesa.... Y vuelve á caer sobre su almohada casi sin conocimiento.

—No, es tu madre! dijo Juana de Saboya bañando en lágrimas el brazo de Luisa. Mira la pena que le causas, reanímate para consolarla.

Los acentos de esta dulce voz recuerdan en el corazón de Luisa los tiernos cuidados de la condesa, y su temor se disipa. Luego me amais? dijo Luisa. Los abrazos de su madre política sirvieron de respuesta. Entonces se entabló la intimidad entre la noble enfermera y su enferma.

Y Luisa, arrepentida de su injusta prevención contra la mujer de su padre, la promete todo el cariño de una hija sumisa. Esta promesa dictada por el reconocimiento fué muy fácil de sostener; porque la condesa de Vaudemont se convirtió desde

aquel momento en la mejor de las madres para la jóven princesa. Se puede juzgar por este rasgo. Luisa de Lorena así que fué creciendo descubrió una belleza sorprendente, y su misma madre política la condujo á la corte del duque Carlos, para ser colocada al lado de la duquesa Claudia, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. Allí, Juana de Saboya se aplicó á desarrollar en su hija política todas las cualidades que la hacían amable en su infancia, y que adquiriese esa cultura de lenguaje, esa gracia en los modales que la duquesa Claudia había traído de la corte de Francia á la corte de Lorena.

Mas la princesa debía muy pronto llorar la pérdida de esta segunda madre tan perfecta, tan adorada, y ver la sucedía Catalina de Lorena, hija del duque de Aumale, mujer altanera, celosa, que había de convertirse en enemiga de Luisa á causa de su hermosura. Desde entonces la existencia de la princesa fué tan cruel como antes había sido agradable. Como todos los días se ofrecían ocasiones de malos tratamientos de parte de la nueva madrastra, pensó sustraerse de ellos por algunos momentos obteniendo de su padre el permiso de ir todas las semanas á pié en peregrinación á San Nicolás. La historia nos cuenta que iba vestida de paisana, acompañada de sus criadas de honor, de un gentil hombre y de un lacayo, empleando ella misma en limosnas los *veinte y cinco escudos* que tenía mensuales para alfileres.

Una tarde que volvía cansada de esta correría, y se disponía para acostarse, aunque todavía era temprano, entra en su cuarto Catalina de Lorena diciendo en tono irónico: Así tratais, señorita, de recogeros á estas horas, y sustraeros de la admiración que os espera? No sois el astro de la corte de Lorena? ¿Y podemos recibir un rey en ella sin presentarle lo que tenemos de mas bello?

—Dispensad, mas no os entiendo, señora, dijo Luisa.

—Qué, no acertais que el jóven rey, que debe pasar por aquí para ir á hacerse coronar en Varsovia, ha llegado; que debe partir mañana, y que el duque Carlos quiere aprovechar esta noche para festejarle y presentarle lo que hay de mas notable en su corte?

—Bajo ese título me parece, señora, que yo podré dispensarme....

—No, no, respondió la condesa, vuestro padre os manda que os vistais al punto y me sigais á palacio.

Era preciso obedecer esta orden imperiosa. Luisa pasó á su gabinete de tocador, y volvió muy pronto vestida con un traje de corte sencillo, pero elegante, que daba realce á su tallo noble y airoso. Sin adorno estaba encantadora; adornada sorprendía y llamaba todas las miradas. Así que el duque de Aviñón la vió, se quedó mudo de admiración por algunos instantes; nin-



guna de las jóvenes bellezas que gustaba Catalina de Médicis traer á su alrededor, habian dado á su hijo la idea de una cara tan encantadora, de un todo tan perfecto. Demasiado conmovido para atreverse á dirigirle la palabra, despues de haberla saludado, fué Enrique á colocarse al lado de su hermana la duquesa Claudia, y la hundió á preguntas sobre su hermosa prima. La duquesa respondió que Luisa era tan buena como hermosa; y citó como prueba de su amabilidad su constante resignacion en soportar los malos procederes de su madrastra. Enrique soltó algunas palabras de enojo contra el demonio encarnizado contra aquel angel, y manifestó una severa frialdad para con el conde de Vaudemont y su mujer.

El itinerario del viaje de un rey siempre es fijo; un día de retraso, ó la mas leve alteracion es destruir el orden, y exponerse á inconvenientes sin número. A pesar de las representaciones de sus cortesanos, Enrique quiso estar todavía un día en Nancy. Era, segun decia, para tener algunos momentos mas al lado de su hermana; y ademas siempre se siente tanto dejar la hermosa Francia, aunque sea para ir á buscar una corona!

La caza, el banquete y el baile ocuparon este segundo día. Nunca el duque de Aviñon pareció mas amable; tenia tanta gracia, tanta elegancia, sus facciones nobles y finas tomaban una expresion tan seductora cuando queria agradar. En fin todos pensaron que era una gran desgracia, que un príncipe tan agradable dejase la Francia para ir á reinar en Polonia, y Luisa pensó como los demás.

La partida del duque de Aviñon la volvió á toda la tristeza de su situacion. Los celos de su madrastra, excitados por el brillante triunfo que la princesa acababa de obtener, inventó nuevos ardidés para hacerle daño en el ánimo del conde de Vaudemont. Injustamente tratada por su padre, perseguida por su madrastra, el valor de Luisa se habia apurado; pensaba retirarse á un claustro.

La muerte de Carlos IX llamaba al trono de Francia al joven rey de Polonia. Este acontecimiento regocijaba al pueblo y á los grandes, porque el recuerdo de las victorias de Jarnac y de Montcontour, ganadas á los diez y ocho años por Enrique, probaban su valor; su generosidad era conocida; y en Francia se quiere tanto á un rey valiente y generoso! Luisa fué la sola que no se alegró de este acontecimiento. Qué le importaba la elevacion de un príncipe que habia visto una sola vez, y que sin duda no se acordaba de ella? ¿se atrevería á pedirle proteccion contra su enemiga? no: esta enemiga era la mujer de su padre; ella debía respetarla y estarla sumisa.

Una mañana que dormia aun, fué despertada la princesa Luisa por el ruido de su puerta que se abrió de pronto. Entraba la

condesa de Vaudemont. Luisa no duda que viene á reprenderla, porque no ha asistido á la hora de levantarse aquella, de lo que se disculpa.

—Soy yo la obligada á concurrir á la hora que vos, señora, os levantaís, la respondió la condesa, y la que debo escusarme de haber quizá faltado á lo que os debo.... Sois reina de Francia. Vais á casaros con el rey; me apresuro á participaros la noticia. Mas vos habeis nacido buena y generosa; señora, olvidad los disgustos que yo he podido causaros; no rehuseis vuestra proteccion á mis hijos, vuestros hermanos, y mediante ellos perdonad á su madre.

La princesa creyó estar soñando. La sorpresa la impidió contestar. Ella, la hija de un hijo menor de la casa de Lorena, aspirar á la alianza del rey mas poderoso de la Europa! esto no podia ser mas que una ficcion para experimentar su orgullo. Iba en fin á abrir la boca para manifestar que no se hacia ilusion de este paso, cuando el duque de Lorena, su primo, y el conde de Vaudemont, su padre, vinieron á instruirla de la peticion del rey, y prepararla á recibir los respetos, que el marqués de Guart iba á entrar á ofrecerla en nombre de su ilustre amo.

No era un sueño; Enrique III, seducido por la hermosura de la princesa Luisa, y mas todavía por los elogios merecidos que le hicieron de su noble carácter, la prefirió á los mas grandes partidos de la Europa.

Repuesta apenas de su admiracion, se preparó la princesa para recibir las personas de la corte de Lorena, admitidas por su rango á felicitarla; despues fué conducida á la misa como reina de Francia. En el momento de entrar en su capilla, volvió la vista á la condesa de Vaudemont, y la encontró llorando.

—Abrazame, dijo: en el trono se olvidan los amigos, segun dicen. Yo en él no quiero olvidar sino á mis enemigos.

A estas palabras la condesa de Vaudemont se arrodilló ante la que perdonaba, y todo el pueblo gritó: Viva nuestra buena reina!





## HISTORIA DE ESPAÑA.

### CAPITULO I.

**E**l nacimiento, el progreso, las revoluciones, el inmenso engrandecimiento y la extraordinaria decadencia de la monarquía española, forman un encadenamiento de historias que tanto interesan al hombre de estado como al comerciante y el filósofo. Ninguna otra parte de la Europa, exceptuando la Grecia y la Italia, ofrece el espectáculo de un país dotado de las mayores ventajas físicas, empobrecido, desconsiderado y degradado por una sucesión de causas morales y políticas enteramente de especial naturaleza.

Estando situada la gran Península que comprende la España y el Portugal entre el Mediterráneo y el Océano Atlántico, y rodeándola el mar, que forma en ella excelentes puertos y bahías, posee todas las ventajas que pueden desearse para el comercio; y como en la mayor parte de las provincias es fertilísimo el suelo y el clima muy sano, si fuesen cultivadas con mas trabajo é industria, pocas regiones podrían satisfacer mejor las necesidades y aun el lujo de una población numerosa. Busquemos pues entre los varios sucesos de que la España ha sido testigo las causas que en casi todas las edades se han opuesto á su prosperidad, haciéndole no apreciar debidamente los beneficios que la naturaleza le ha prodigado, y desaprovechar las circunstancias que pueden favorecer su desarrollo.

Como el origen de las naciones se pierde en la noche de los tiempos, se ignora la época en que España fué poblada, y cuáles fueron los primeros habitantes que se establecieron en sus costas. Solo hay de cierto que en un período muy lejano abor-daron á ellas unos Fenicios, y que mas de mil años antes de nuestra era se elevó Cádiz bajo sus auspicios (1).

Aquella colonia fenicia, colocada con toda seguridad en una

(1) Cádiz fué fundado por una colonia fenicia, Vellei, Patercul., lib. 1, cap. 22.

isla que separa del continente una corriente de agua, y ocupada con preferencia en asuntos comerciales, vivió durante muchos siglos, según parece, en un estado tranquilo y floreciente. Pero empeñada al fin en una guerra desastrosa con los habitantes de la Bética (Andalucía), pidió auxilio á los Cartagineses, de origen fenicio, entablando con ellos relaciones de comercio.

Cuando los Cartagineses abordaron á España, ocupaban este país naciones indómitas y tribus bárbaras, cuyos respectivos límites, aun cuando fuesen trazados con exactitud, no tendrían interés alguno para los lectores. Algunas de las principales naciones de aquella vasta península reclaman sin embargo nuestra atención, porque figuran con gloria en la historia romana. Tales fueron los Bécienques que habitaban la Andalucía y Granada, los Lusitanos que ocupaban el Portugal, los Celtíberos (1) que poseían el reino de Aragón, los Lacetanos de la moderna Cataluña, y los Cántabros, situados en el norte de la Vizcaya y de Asturias. Aun pudiera añadirse otros pueblos menos importantes, como los Vaccos, cuya capital colocada en la provincia de León y cerca de Asturias, conserva su antiguo nombre de Palencia; los Edetanos, los Calaicos (2), y muchas otras tribus harto numerosas para ser citadas y muy poco interesantes para excitar la atención. Las costumbres, los hábitos y los usos de aquellos diferentes pueblos eran muy parecidos: osados, sagaces y tan sanguinarios como todos los bárbaros; la venganza y el amor al pillage eran su principal obligación, y despreciaban las artes que solo florecen con la paz. Llevaban groseros vestidos; pintaban sus cuerpos de diversos colores, y ataban á sus largos cabellos adornos de oro y plata. En cuanto á su religion, tiene alguna semejanza con la que profesaban los Druidas en la Galia y la Gran Bretaña, porque reconocían un ser supremo; pero adoraban á divinidades subalternas, respetando como la morada de sus dioses los bosques mas sombríos, en los cuales inmortalaban víctimas humanas. La riqueza natural del país y las ventajas comerciales que ofrecia, atraieron á muchas colonias que se establecieron en las costas, fundando en ellas poblaciones: las principales fueron Cádiz, Sagunto, elevada por griegos en época muy remota, y Lisboa sobre el Tago, el origen de cuya última ciudad de tal modo se ha perdido en la oscuridad de los siglos, que la fábula atribuye á Ulises su fundación.

Tal era la situación de España, cuando Amílcar, padre del célebre Anibal, trajo á ella de Cartago fuerzas que, como era natural, hallaron una cruda resistencia en aquellas numerosas

(1) El nombre de Celtíberos indica su origen bético y su posición sobre el Iberas ó el Ebro, que atraviesa el Aragón.

(2) Los Calaicos habitaban la Galia, cuyo nombre moderno parece ser una corrupción del antiguo nombre.



hordas de bárbaros, crueles, independientes, guerreros, y á quienes solo faltaba una disciplina regular para ser formidables soldados. Al cabo de nueve años de una guerra continua, subyugó Amilcar la Bética; pero cuando avanzaba contra Portugal, fué cercado y muerto sobre las orillas del Tajo, sucediéndole en el mando su hermano Asdrubal, quien hizo tanto con las armas y la astucia, que determinó á los Calaicos, los Celtíberos y las diversas tribus que ocupaban las provincias modernas de Murcia, de Valencia, de las dos Castillas y de Leon, á que se sometieran al yugo de los Cartagineses.

En medio de sus triunfos cayó Asdrubal á los golpes del hierro asesino, y se encargó del mando nuevamente su sobrino el célebre Anibal, que en su infancia había jurado sobre el altar odio eterno á Roma. Resuelto pues á comenzar la ejecucion de sus proyectos con la completa conquista de España, despues de consumir dos años en inmensos preparativos, dió principio á las hostilidades sitiando á Sagunto, que se hallaba bajo la proteccion de los romanos. El valor de los habitantes y lo fuerte de sus muros burlaron los esfuerzos de los sitiadores por espacio de ocho meses; pero al fin fué tomada la ciudad por asalto, en cuya última extremidad mostraron los sitiados su invencible resolucion, pues dieron fuego á sus casas, dejándose devorar por las llamas. Destruída Sagunto, Anibal redujo al yugo de los Cartagineses la totalidad de la España, esceptuando sin embargo el pais montañoso de los Cántabros, que aun no han perdido del todo su antigua independencia. Como los talentos militares y la astuta política de aquel general le hacian tan apto para mandar un ejército, como para apaciguar las turbulentas pasiones de aquellas tribus rivales, los Españoles, que habian sido los enemigos de los Cartagineses, aumentaron la fuerza de estos, y siguieron con alegría el estandarte de Anibal, viéndose á millares de aquellos bárbaros guerreros (1) marchar bajo sus banderas á través de los Pirineos y los Alpes, y desplegar su valor en los campos de Trebbia, Trasimena y Cana.

Desde esa época Roma y Cartago escogieron para teatro en que disputar su preponderancia á la España y la Italia, y por parte de los romanos dirigieron la guerra de España Cneyo y Publio Scipion; pero aquellos dos ilustres jefes, enorgullecidos con los triunfos alcanzados en siete campañas, cuando meditaban la reduccion completa de este pais, cayeron con gloria al frente de sus ejércitos, vencidos por las fuerzas combinadas de la España y de Cartago. Para reparar tales desastres, se dió el mando del ejército de España á Cornelio Scipion, que mas tarde alcanzó el sobrenombre de Africano; y aquel héroe, hijo

(1) Polyb., lib. cap. 4 y 5.

de Publio Scipion, y que á los veinte y cuatro años fué investido con la dignidad de consul, se propuso vengar á su padre, y sostener la gloria del nombre romano. Su llegada á España le abrió la brillante carrera de las victorias, y al estender sus conquistas, con las cuales se hizo dueño de la nueva Cartago, donde sus soldados recojieron un botin inmenso, su desinterés, su heroica generosidad en devolver á un príncipe celtíbero una jóven y hermosísima cautiva que debia ser su esposa, le atrajeron el afecto de una de las naciones mas poderosas de la España (1).

Con todo, la influencia de los Cartagineses todavia excitaba á algunas tribus á que se defendiesen contra el poder de Roma siempre creciente, y un cuerpo de 22.500 Españoles, entre ellos 2.500 caballos, mandado por sus príncipes, quiso relevar los destinos de Cartago; pero dejó en el campo de batalla 17.000 de los suyos. Abierto el pais, se sometió á los Romanos, y Scipion, á fin de expulsar enteramente á los Cartagineses, sin cansar puso sitio á Cádiz, donde se habian concentrado los restos de sus fuerzas, y las fortificaciones de aquella ciudad cedieron á los asaltos de los sitiadores y á los choques reiterados de sus máquinas, viéndose entonces á las águilas romanas extenderse desde los Pirineos hasta las columnas de Hércules.

En la memorable batalla de Zama pereció el genio de Cartago ante el valor ó la fortuna de Roma, y la España fué cedida á los vencedores, quienes la convirtieron en una provincia romana, estableciendo en ella numerosas colonias, y elevando por todas partes poblaciones fortificadas. Entre ellas Tarragona, colocada en ventajosa y elevada posición sobre el Mediterráneo, y entre Barcelona y la embocadura del Ebro, durante mucho tiempo fué tenuta por la de mas importancia, por cuanto permitia á los romanos hacer llegar á España sus fuerzas despues de una navegacion corta y fácil.

Parecia que el poder de Roma se hallaba firmemente asentado; pero como un pueblo valeroso é independiente no podia soportar por mucho tiempo aquel estado de dependencia y esclavitud, insurreccionáronse los españoles, y por espacio de muchos años ocuparon fuertemente á las legiones, ejercitando los talentos de los generales romanos. La opresion y la perfidia obligaron á los Lusitanos á hacer los mas vigorosos esfuerzos, y á las órdenes de Viriato, que del rango oscuro de soldado se habia elevado por sus talentos al de general, rechazaron en varios encuentros á los Romanos. Aquel emprendedor é intrépido jefe los derrotó en diferentes acciones, estableciendo su dominio casi sobre la tercera parte de España; pero invencible en los combates, pereció víctima de infame perfidia. Cuando se halla-

(1) Liv., lib. 26, cap. 49.



ba ocupado en arreglar un tratado de paz con Quinto Servilio Caepio, unos conspiradores, vendidos al oro de los Romanos, le asesinaron una noche en su tienda. Los Lusitanos deploraron la pérdida de su general, y honraron su memoria, celebrando sus funerales con bárbara pompa; mas aquel imperio cayó con su fundador, porque Tántalo, á quien elevaron al mando supremo los votos del pueblo, no poseía los talentos de su predecesor, y sucumbió agoviado por las dificultades de su posicion. Las águilas romanas se desplegaron entonces en toda la parte occidental de la Península, y los Lusitanos vieron arrasarse sus campos é incendiar sus casas; pero sus guerreros se retiraron á las montañas, y en aquellas moradas inaccesibles desafiaron el poder y la política de los Romanos, á los cuales contestaron cuando les pidieron un tributo, que sus mayores les habian dejado hierro para defender sus hogares, pero no oro para rescatarlos.

Tambien los Celtíberos se sentian inflamados del amor á la libertad, y la poblacion de Numancia, situada cerca del origen del Duero, y no lejos de Soria, hacia valer sus derechos naturales á la independendia. Sus belicosos habitantes salieron de sus muros, y rechazaron á las disciplinadas tropas de los Romanos, obligando á Quinto Pompeyo, que se habia aproximado con un cuerpo de 30.000 veteranos, á aceptar un tratado por el cual se comprometian los Numantinos á pagar treinta talentos en diferentes plazos, y á entregar los prisioneros y los desertores romanos.

El Senado no tuvo á bien ratificar semejante tratado, y cuando Viriato dejó de existir, y la resistencia de los Lusitanos se vió confinada á los límites de sus montañas, los Romanos comenzaron de nuevo las hostilidades. Precipitándose los Numantinos fuera de su ciudad, derrotaron completamente al ejército que mandaba Pompilio Laesias, cuyas fuerzas, muy debilitadas, permanecieron durante el fin de la campaña á razonable distancia de la poblacion. El cónsul Hostilio Mancino condujo á poco las águilas romanas hasta los muros de Numancia; pero perecieron á manos de 4.000 Numantinos 20.000 Romanos, y rodeados los que se escaparon y su general, debieron su salvacion á un tratado, cuya ratificacion rehusó tambien el Senado. La gloria de los Españoles no se encerraba únicamente en aquel teatro, pues Emilio Lépidio, elegido para suceder á Mancino, fué rechazado de los muros de Palencia con pérdida de 6.000 legionarios; pero al cabo de algun tiempo se vió obligada aquella ciudad á rendirse á Calpurnio Pison, y los Españoles, á quienes habian llenado de orgullo sus triunfos, comenzaron á sufrir las vicisitudes de la guerra.

Numancia fué por mucho tiempo la gloria de España y la

afrenta de los Romanos. Aquella célebre poblacion tenia cerca de tres millas de circunferencia, y estaba fundada sobre una elevada colina; pero segun confesion de los historiadores romanos, no pasaba de diez mil el número de los habitantes capaces de tomar las armas. Sin embargo, ocupaban su corazon y su mente el amor de la libertad y el desprecio de la muerte, y durante catorce años, sin tener en cuenta la superioridad del número, lucharon aquellos entusiastas guerreros contra el gigantesco poder de Roma. La reduccion de Numancia estaba reservada al genio y la fortuna de Scipion el Africano, que ya habia inmortalizado su nombre con la destruccion de Cartago. Empero aquel entendido general, aunque se hallaba á la cabeza de sesenta mil hombres, no se aventuró desde luego á aproximarse á tan funestos muros, ante los cuales habian experimentado crueles reveses tantos generales romanos, sino empleó un año entero en disponer sus tropas antes de poner sitio á la ciudad. Los Numantinos retardaron su marcha con reiterados ataques; pero su impetuoso valor tuvo que ceder á la constancia, á la bravura y á la superioridad del número de sus enemigos que devastaron sus campos, obligando á los Numantinos á encerrarse en los muros de su ciudad, á la cual pusieron sitio al instante.

Los ciudadanos de Numancia ofrecieron reconocer la soberanía de Roma bajo condiciones decorosas; pero el Senado exigió que se entregasen á discrecion tanto ellos como la ciudad, é indignados aquellos nobles guerreros, prefiriendo una muerte gloriosa á una vida de esclavitud, hicieron una salida, brindando el combate á sus numerosos enemigos. Sobrado prudente Scipion para exponer sus soldados al valor desesperado de hombres resueltos á morir, rehusó la batalla, y decidido á tomar la ciudad por hambre, mantuvo á sus huestes en los atrincheros. Ninguna esperanza quedaba á los Numantinos, á menos que las tribus guerreras de España no tomaran las armas en su favor; pero todo el pais estaba dominado por el temor que inspiraban las legiones romanas, y aunque la poblacion de Lutia, de que hoy no existe vestigio alguno, adoptó la generosa resolucion de participar de la mala fortuna de Numancia, evitó su levantamiento el general romano. Cuatrocientos mancebos, pertenecientes al rango mas elevado, sufrieron la amputacion de la mano derecha, y ese atroz castigo manifestó á las naciones vecinas cuan peligroso era provocar la venganza de Roma.

Habiendo perdido los Numantinos toda esperanza, y viéndose expuestos á todos los horrores del hambre, resolvieron vender sus vidas costosamente, y haciendo una salida desesperada, atacaron las líneas romanas, empleando los últimos esfuerzos de su valor en hacer en sus enemigos horrible carnicería. Agotadas sus fuerzas por la desigualdad del combate, ni un momen-



to decayó su coraje, y nó queriendo seguir el carro de los vencedores ni enriquecerlos con sus despojos, rechazados hasta las murallas aquellos á quienes nó alcanzó la espada, prendieron fuego á sus casas, y perecieron en el incendio general con sus familias y sus efectos. Numancia, tan famosa en la historia romana, quedó reducida á un monton de cenizas, y de todos sus habitantes apenas pudieron ser arrancados de las llamas unos cincuenta para adornar el triunfo del vencedor.

Después de la caída de Numancia, la mayor parte de la Península se sometió al yugo de los Romanos. Solo los Cántabros y parte de los Lusitanos conservaron por algun tiempo en sus montañas la independencia, y, mostrando el resentimiento de Roma hicieron frecuentes excursiones á los llanos y los fértiles valles. La historia no nos ha conservado el recuerdo de aquellas devastaciones; pero la España figura con esplendor en las disensiones civiles de la república romana. Sertorio, á quien debe colocarse en el rango de los generales mas ilustres de la antigüedad, sostuvo en la Península por mucho tiempo el partido vacilante de Mario, cuando Sila triunfaba en Italia; pero fué muerto á traición, y la España tuvo que someterse á las armas de Pompeyo. Parece que aquel hombre célebre usó de la victoria con moderación, pues en sus debates con Cesar los Españoles abrazaron su causa con ardor, y aun después de su muerte honraron su memoria y protegieron á sus hijos. Con unirse á las legiones que habian permanecido fieles á Pompeyo, obligaron á Cesar á que él mismo viniese á poner fin á sus diferencias; y después de muchos encuentros, y la toma de Munda, de Córdoba y de Híspalis, la moderna Sevilla, Cesar redujo á España á la obediencia, haciéndole pagar muy cara su adhesión al partido de Pompeyo, pues la impuso enormes contribuciones.

Sin embargo hasta el reinado de Augusto no sufrió España por entero el yugo de Roma, porque los Cántabros, protegidos por su posicion, habian conservado hasta entonces su independencia; mas sus depredaciones continuas dieron pretexto á los romanos para dominarlos. Augusto visitó la España, y fijó su residencia en Tarragona, mientras sus legiones penetraban en las montañas de los Cántabros, los cuales defendieron con valor su pais y su libertad; pero como entre aquellas hordas irregulares y las disciplinadas legiones de Roma el combate era desigual, el ejército cantábrico, fuerte de veinte y tres mil hombres, fué envuelto y obligado á rendirse. Diez mil de sus guerreros mas bravos fueron incorporados á las legiones, y condenados á emplear sus brazos y su valor en servicio de Roma: vendidos los demás como esclavos, engañaron la vigilancia de sus dueños, y prefirieron á la esclavitud una muerte voluntaria. Al penetrar los Romanos en las Asturias, exploraron las mas ocultas guar-

das de los bárbaros, y á todos los hicieron perecer en un incendio general. Así pasó el norte de España al dominio romano, fundando Augusto para perpetuar el recuerdo de esta expedición, las ciudades de Cesar Augusta y de Augusta Emérita, conocidas hoy con los nombres de Zaragoza y de Mérida.

La sangrienta derrota y el castigo severo de los Cántabros no habian debilitado su espíritu independiente, ni reprimido su ardor guerrero: así es que olvidando sus recientes desastres, aun no habian corrido cinco años cuando empuñaron de nuevo las armas, y desafiaron el poder de Roma. Como el carácter tan conocido de aquellos pueblos exigía que se opusiese á los esfuerzos de su desesperado valor los talentos del mas hábil de los generales romanos, Agrippa, yerno de Augusto, fué nombrado para sostener aquella guerra importante, y marchó con sus veteranos contra los insurrectos. Luego que los dos ejércitos se encontraron, los Cántabros cayeron con furia sobre las legiones romanas, cuyo experimentado valor estuvo á punto de ceder á aquel choque impetuoso: Agrippa reunió á los Romanos, reanimó su valor con su ejemplo, y la firmeza y la disciplina de las tropas romanas triunfaron al fin del intrépido valor de sus adversarios. Agrippa confesó que aquel sangriento combate era el mas obstinado y mas terrible de todos los en que se habia hallado; pero aunque comprada muy cara por la pérdida de gran número de soldados mas bravos, la victoria fué completa. Derrotados los Cántabros despues de una horrible carnicería; descubiertas y forzadas por los vencedores las posiciones mas inexpugnables; obligadas sus tribus á dejar las montañas y á establecerse en la llanura; en vez de continuar aquella vida guerrera y de robo, tuvieron que dedicarse á las pacíficas tareas de la agricultura. La resistencia de los Cántabros fué el último esfuerzo de los Españoles para sacudir el yugo de Roma, logrando las armas de Agrippa reducir la España á completa y tranquila sumision, casi á los dos siglos de haber entrado en la Península las legiones romanas.

Para disminuir el poder de sus tenientes, Augusto dividió la España en tres grandes provincias, la *Tarraconense*, la *Lusitania* y la *Bética*. Comprendia la *Tarraconense* las provincias modernas de la Galicia, Asturias, Vizcaya, Navarra, Cataluña, las dos Castillas, Aragon, Valencia y Murcia; la *Lusitania*, extendiéndose desde el Duero hasta la embocadura del Anas, correspondia al reino de Portugal, y la *Bética* abarcaba las partes meridionales de España, teniendo al Norte por límites los montes de Sierra-Morena.